

# Juan Villoro

## Los héroes numerados





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Juan Villoro**

**Los héroes numerados**

Textos de futbol

---

## LA AFICIÓN

### LOS ONCE DE LA TRIBU

El balón de cuero ha botado en infinitas páginas, a veces para causar la angustia del guardameta ante el pênalti, otras para que el centro delantero muera al atardecer. Aunque no todos lo confiesen, numerosos escritores leen el periódico a la manera de Samuel Beckett: un veloz repaso a los desastres de la tierra y un minucioso estudio de la tabla de goleo. Entre los poetas abundan los fanáticos de ocasión: Umberto Saba solía despotricar contra el entusiasmo y la desesperación provocada por una pelota hasta que un amigo lo invitó a un partido de «la potentísima Ambrosiana (Inter de Milán) contra la vacilante Triestina». Acaso para contrarrestar el resultado de 0-0, Saba escribió cinco notables poemas sobre el futbol.

Hay autores que trasladan su experiencia futbolística a otros asuntos; no es de extrañar que uno de los más convincentes alegatos contra la pena de muerte sea obra de un exportero, Albert Camus, quien seguramente

---

recordó el rigor de ser acribillado a once metros de distancia.

Como es obvio, no todos los adjetivos caen en favor del fútbol. George Orwell, campeón de la paranoia literaria, también se asustó con el balompié. Alguien le habló de un rudísimo encuentro entre el Arsenal y el Dínamo de Moscú, y pensó que el Oso Rojo vengaría las afrentas con una guerra. Su artículo «El espíritu deportivo» termina con la súplica de que los futbolistas ingleses no hagan giras por la Unión Soviética para no enemistar más a las dos naciones. Aunque escribía en el año atómico de 1945, sus temores parecen excesivos.

Poco antes del Mundial de Italia 90 ocurrió otro caso de pánico futbolístico. La editorial Passigli publicó una *Guía de supervivencia del Mundial*. Este prontuario, sinceramente animado por el horror, veía a los porristas como a las huestes de Atila. Los bárbaros estaban a punto de llegar; la amenaza nunca cumplida en *El desierto de los tártaros*, de Dino Buzzati, se escenificaría durante un mes de espanto.

¿Hay forma de calmar a los enemigos del fútbol? Ciertas cosas no pueden hacerse de modo indiferente. La fruición con que Paco come sesos en mantequilla negra hace que Malú desvíe la vista a la mesa de junto. Como esos guisos succulentos y escabrosos, el fútbol se promueve o se desacredita solo.

Las apologías del fútbol sólo convencen a los convencidos. Comparto el categórico entusiasmo de Vinicius de Moraes, que sólo aceptaba dos excusas para rechazar la samba o el fútbol (estar enfermo de un pie o mal de la

---

cabeza), pero no tengo nada que argumentar contra la repulsa de Oscar Wilde: «El futbol es un deporte muy apropiado para niñas rudas, pero no para jóvenes delicados». Lo dicho: Paco y Malú, el gusto y el asco, los aficionados y los «sobrevivientes», Beckett y Orwell.

Las crónicas de futbol son para la fanaticada, la masa circular de los estadios, la *barra brava* del Boca Juniors, los *forofos* que hinchan las cabeceras del Santiago Bernabéu, la *torcida* brasileña. Ninguna palabra define mejor al fanático que la italiana *tifoso*. En efecto, se trata de gente infectada, incurable.

¿Qué ocasiona el contagio? En *La veneración de las astucias*, el filósofo venezolano Juan Nuño distingue al futbol de otros juegos por su peculiar manejo del tiempo. Durante noventa minutos no hay forma de detener el reloj: «Al ser real el tiempo que se juega, se engendra una doble tensión: la del juego en sí y sus incidencias y la de la lucha que se establece contra el paso del tiempo». Para superar los minutos que desgastan el partido, el futbolista dispone del recurso de «hacer tiempo». Cuando el marcador le conviene, puede recurrir a una táctica de especulación: en vez de buscar goles, se concentra en impedir que el contrario toque la pelota. Es el momento de los artistas ineficaces, los burladores de barriada que rara vez anotan, pero son expertos en jugadas de fantasía. Nadie como ellos para matar minutos; tener la pelota es tener el tiempo. Este deseo de apropiación tuvo su clímax en mi equipo, el Necaxa: el *Fu Manchú* Reynoso conquistó su apodo de mago chino al desaparecer un balón en plena cancha.

---

Sin embargo, al fútbol le faltaría algo si no pudiera encapricharse con el reloj: el tiempo real desemboca en el tiempo de compensación, que sólo conoce el árbitro. A partir del minuto noventa, Cronos se retira a las regaderas y el hombre de negro repone el tiempo que se perdió con lesiones o balonazos a la fila diecisiete. Su criterio rara vez coincide con el de las tribunas; para el minuto noventa y dos ningún fanático quiere que el juego prosiga por la insulsa razón de «gozar del espectáculo»: si su equipo va ganando, apremia al árbitro con silbidos; si va perdiendo, está dispuesto a quedarse hasta el empate bienhechor. Así, la pugna contra el destino (los noventa minutos incontenibles) conduce a ese lapso arbitrario en que caen goles salvadores o dolorosísimos.

Hay un tercer tiempo, ni real ni compensado, que separa al espectador de su otra vida. En el estadio, lejos de la oficina, del perro enfermo, el anillo devuelto por la novia, las manchitas en la radiografía, el examen de química, los segundos transcurren como un «robo», una suspensión de la costumbre. Las ligas son formas de garantizar estos hurtos temporales.

Como los campeonatos involucran a equipos de distintos lugares, hay partidos de ida y vuelta. Nuño ha llamado la atención sobre una anécdota de *El pensamiento salvaje*, del antropólogo Lévi-Strauss. Después de ser colonizada por el hombre blanco, cierta tribu de Nueva Guinea aprendió a jugar fútbol, pero le dio un valor ritual al juego: los equipos disputan hasta que ganan el mismo número de partidos; el triunfo debe equilibrarse. El fútbol moderno carece de esta noción

---

de balanza del mundo; sin embargo, el partido de vuelta es una oportunidad de emparejar las cosas. Jugar en casa puede brindar una ventaja táctica. En ocasiones, se trata simplemente de una ilusión mágica, basada en la creencia de que los dioses y la suerte tienen preferencias locales.

La agonía de la temporada significa, entre otras cosas, el fin de las segundas oportunidades. De nada sirve regar el césped y convocar al público; para ese momento, el equipo es ya la suma de sus goles y debe encarar la máxima de Samuel Beckett: «No hay juego de vuelta entre el hombre y su destino».

Imposible contar todos los tiempos que cristalizan en la cancha. Para el fanático, el fútbol ocurre antes y después del partido. Una jugada adversa lo trastorna de por vida. Aún recuerdo la noche aciaga, ocurrida hace medio siglo, en que Manuel Manzo falló dos penales contra el León; aquellos tiros miserables hundieron a un volante de prodigio en la borrasca alcohólica que segaría su carrera y deprimieron para siempre a sus seguidores. El fanático no se repone ni tiene ganas de ver el juego en plan sensato.

### **Formas de sufrir a gusto**

En su novela *Diario de la guerra del cerdo*, Bioy Casares sugiere que la mejor forma de adquirir un temple ante la adversidad es ser hinchado de un club perdedor. Los estoicos que apoyan al Atlante tienen que sobrellevar los dos goles de chilena que Hugo Sánchez les clavó en

---

la misma temporada, los arabescos con que Fernando Bustos burló a toda su alineación y el agravio de haber pasado algunas temporadas en Cancún, bastión del ocio donde los mariscos importan más que los goles. Y, pese a todo, el atlantista de cepa cree en los Potros de Hierro como si las lluvias de goles no existieran; su lealtad es tan granítica como los nombres de sus ancestrales jugadores: Roca, Colmenero, Escalante.

Cada equipo es, a su manera, el mejor del mundo (sobre todo si se trata del Necaxa). Enemigos del sentido común, los fanáticos son los únicos espectadores tolerables en un juego sin medios tonos: «Cuando sales a la cancha, ya no existe el color rosita», ha dicho Ángel Fernández, inmejorable cronista de la fanaticada.

La saludable irracionalidad del fútbol fue puesta en cuestión cuando los *hooligans* ingleses empezaron a escupir cerveza en las tribunas. Los bebés concebidos al ritmo de un fanatismo feliz (la beatlemania) crecieron para convertirse en cadeneros de nalgas tatuadas. El 29 de mayo de 1985, en Bruselas, la final de la Copa Europea de Clubes terminó con un magro resultado en la cancha (Juventus, 1-Liverpool, 0) y un marcador de espanto en las gradas: 41 muertos y 257 heridos. En el Mundial de México 86, después de perder con Portugal en la ciudad de Monterrey, los *hooligans* se bajaron los pantalones ante las azoradas adolescentes regiomon-tanas que hasta entonces no habían visto carnes más comprometedoras que unas arracheras a las brasas.

El fanatismo del *hooligan* es opuesto al del hincha, pues no admite derrota; va al estadio como si fuera a

---

las Malvinas, cree en la utilidad del navajazo, busca venganza. El verdadero aficionado acepta la fatalidad, sufre en carne viva el gol de media cancha, pero sigue convencido de que el Atlante es el mejor del mundo.

El futbol es el juego de las manos suprimidas; por eso reviven tanto en la celebración. Hay jugadores superdignos, y algo cursis, que pellizcan su camiseta en señal de *esprit de corps*, pero la mayoría prefiere darles otros usos a las manos: Careca planeaba con los brazos extendidos, Hugo Sánchez daba una voltereta, Jairzinho juntaba las palmas para rezar junto al banderín de córner. Poco a poco, la felicidad anotadora empezó a aludir a circunstancias ajenas al juego: el jugador mete el balón bajo la camiseta para dedicar el gol a su esposa embarazada, forma un corazón con sus manos en alusión a su prometida o se chupa el pulgar para celebrar al bebé recién nacido. No se puede exigir que la dicha provoque gestos maravillosos: a Phil Foden le ha dado por poner una rodilla en tierra y disparar un fusil imaginario.

Decisivas en el festejo, las manos son letales con el balón en juego. Pero incluso en esto hay excepciones. Entre los diez goles más extraordinarios de la historia, no debe faltar uno perfectamente ilegal: el que Maradona anotó con la mano en el partido Argentina-Inglaterra durante el Mundial de México 86. Lo que en el estadio pareció un remate de cabeza, en verdad fue un discreto puñetazo. El mago confesó su truco con una frase que revela que en materia de futbol nadie puede escapar a la fuerza del destino: «Fue la mano de Dios».

---

¿De dónde surgen estos héroes capaces de servirse de la mano divina? En su excepcional libro *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*, Vicente Verdú afirma que al héroe le conviene un origen humilde, oscuro, que se irá borrando con el destello de las proezas. En cambio, el jugador extranjero «llega de súbito, ya nacido». Su incorporación al equipo no es un nacimiento, sino un advenimiento; cae del cielo con su misterio de Saeta Rubia, Perla Negra o CR7. El héroe perfecto no existe fuera del estadio; resulta penoso verlo retirado, atendiendo un comedero de churrascos o endosando productos como las salchichas Puskás o la loción Montblanc Legend, anunciada por Zidane. Los alardes ajenos a la cancha comprometen su imagen mítica. Cosa curiosa, ni siquiera en el terreno de juego se le exige versatilidad. Lo importante es que tenga una picardía que lo distinga; su gloria depende de una habilidad llevada a la perfección.

### **El fútbol y la imaginación**

En 1969, el Chacarita Juniors salió campeón en Argentina contra todos los pronósticos. Este equipo humilde y sorprendente había sido conformado por un señor de respuestas tan rotundas como su nombre, Geronazzo. Cuando le pidieron la receta para la corona, respondió: «La primera vez que los vi me dije: “Ningún equipo puede jugar bien si tiene más de treinta por ciento de bobos”. Bajé el porcentaje y fuimos campeones».

En el fútbol está prohibido abusar de la tontería. Todo equipo que se precie de representar a la condición

---

humana debe incluir a un par de tarados, pero de ahí no puede pasar la cosa.

Formar una alineación es un acto de alta creatividad. Jorge Valdano ha explicado con pericia la diferencia entre «descubrir» a un delantero como Raúl o a un mediocampista como Guardiola. El eje de ataque del Real Madrid poseía tal contundencia que incluso podía convencer a un técnico rutinario y amigo del fútbol especulativo como Javier Clemente. En cambio, se necesitó el genio de Cruyff en el Barcelona para saber que Pep Guardiola, un joven espigado sin gran fuerza para la marca o el remate, podía inventar una nueva función en la cancha y convertirse, como afirma Valdano, en «el mejor entrenador con el balón en los pies».

El fútbol depende menos de los músculos que de la imaginación. Correr y jalar camisetas son actividades mecánicas que acompañan destrezas más significativas: la finta espectral, el pase al hueco, el amague de angustia, el portero que «cierra el ángulo», la pelota recuperada al anticipar la oscura intención del enemigo. El conjunto de estas virtudes integra la enciclopedia que llamamos picardía y que el jugador de talla mundial sabe de memoria.

Es obvio que la condición física influye en el rendimiento. Si alguien pasa la mejor parte de su juventud en una hamaca, difícilmente tendrá derecho a amarrarse los botines en un vestidor de primera división. Sin embargo, lo que define al genio de las canchas, su salto de calidad, es un atributo psicológico tan distintivo como la paranoia, la melancolía o el sentido del humor.

---

El futbolista pensante es preferible al que lleva un Nintendo en la cabeza, pero no todas las formas de inteligencia meten goles. El razonamiento abstracto, tan útil para despejar ecuaciones, se vuelve dañino con la pelota en los pies. El fútbol exige una mente rápida y certera que muchas veces se confunde con la intuición o incluso con los reflejos. Rodeado por tres marcadores, Romário descubría en un parpadeo la ruta de evacuación. Llegó a los 35 años siendo un atleta de técnica portentosa (el único que podía fintar a un defensa con el hombro); sin embargo, sus dotes físicas no bastaban para superar a los defensas: su fortaleza era mental. El académico del *dribling* lee las jugadas y anticipa las reacciones de los rivales.

Los psicólogos deportivos recomiendan salir al campo con la cabeza fría. Resistir las vejaciones de los tifosi del Milan o los forofos del Atlético de Madrid, tolerar que el esfuerzo propio sea negado por una pifia del silbante y soportar con donaire los escupitajos son requisitos mínimos para no ver una tarjeta roja. Contener la violencia requiere de una disciplina que, la verdad sea dicha, es más fácil conseguir en el Tíbet que en un estadio en ebullición. Recuerdo un partido en Bolivia, durante la Copa América 1997, en el que la selección mexicana se enfrentaba al representativo local. Aquella noche aciaga el árbitro favoreció sin remilgos a los bolivianos, enardeció a las tribunas y, en su momento cumbre, pidió que el ejército entrara a la cancha a someter a los mexicanos. Nuestra selección mostró un temple inaudito para enfriar sus legítimas ansias de

---

venganza. La inteligencia era, en ese caso, un recurso para no lanzar patadas a los testículos.

Otros modos de la argumentación futbolística son más creativos. Señalemos dos: el placer y la burla. Las grandes jugadas no tienen otra motivación que el gusto de hacerlas. Cuando el gambetero duerme en su empeño una pelota caída del cielo, no tiene tiempo ni deseos de pensar en la situación de su equipo en la tabla ni en el profesionalismo que lo compromete con sus colores; actúa movido por un gusto elemental, un cosquilleo del cuerpo, un sentido del alarde que depende en partes iguales de la maestría de los movimientos y de la conciencia de ser visto. El *crack* seduce y convierte las ovaciones en su espejo. En una ocasión, el escritor Osvaldo Soriano llegó al hotel donde estaba concentrada la selección argentina y pasó junto a Maradona sin hacerle caso. ¿Podía un cronista ignorar al máximo dignatario del buen toque? No pudo: Maradona tomó una mandarina y empezó a dominarla como un mago. Una sonrisa cruzó su rostro de divo gordo, animado por el placer de practicar una jugada tan difícil y de encandilar con ella a los demás.

Ahora vayamos a la burla: un futbolista nunca es tan inteligente como cuando se vuelve impredecible. El engaño hace interesante un deporte que moriría de tedio si todos sus lances fueran lógicos. El destronque de cintura, la pausa mortífera, el chanfle de dudosa trayectoria y el pase de distracción son asombros esenciales. Incluso las jugadas a balón parado se diseñan para la sorpresa.

---

Por lo general, cuando los jugadores salen del estadio se llevan consigo su cabeza. Esto significa que también deben usarla en los entrenamientos y las concentraciones. Nada es tan aburrido como las esperas en los hoteles o los traslados rumbo a los estadios. Un equipo de fútbol dedica más tiempo a los juegos de mesa, a memes o, simplemente, a no hacer nada que a patear balones. Y para eso se necesitan nervios de acero.

«El infierno son los otros», dijo Sartre, que nunca estuvo concentrado en un equipo, no tuvo hijos, no se casó ni asistió a una junta de condóminos. ¿Qué hubiera pensado de los esforzados varones que pasan más noches con su compañero de cuarto que con su esposa? La convivencia obligatoria y los ejercicios sin otra recompensa que el dolor ponen a prueba la materia de los héroes.

Quienes piensen que en el fútbol la cabeza se usa para rematar un balón o para que el champú haga espuma en las regaderas deben revisar sus opiniones. Tenía razón Geronazzo: el fútbol es cosa mental.

## **Un reparto variopinto**

A diferencia de la mayoría de los deportes, el fútbol no está dominado por una tiranía anatómica. Nadie que mida uno sesenta podrá jugar basquetbol profesional; nadie que pese cincuenta kilos podrá estar en la línea de golpeo de los 49s de San Francisco. En *Fútbol sin trampa*, César Luis Menotti afirma: «El único criterio para “medir” a un aspirante es el talento, cosa

---

que no puede ser juzgada *a priori* con relojes o cintas métricas. Un gordito bajito que le pega con una sola pierna y no salta a cabecear puede ser Puskás, Sívori o Maradona. Un joven alto, espigado, no muy rápido puede ser Beckenbauer o Sacchi». En otras palabras, no existe el futbolista «completo». Esta fue la tragedia del mexicano Marcos Rivas, que se desempeñó con relativa eficacia en todas las posiciones (incluida la de portero), pero nunca alcanzó la perfección unilateral, homérica: el ingenio de Ulises, el grito de Esténtor, la carrera de Aquiles, el *dribling* de Messi, los pases de De Bruyne, las atajadas de Courtois. El fútbol depende tanto de una habilidad insólita que el mejor extremo ha sido un genio de extremidades defectuosas: Garrincha o el Ángel de las Piernas Torcidas, como lo llamó Vinicius de Moraes. Los fanáticos quieren héroes definidos y la única excepción que aceptan, por ser la más total, es la del portero que sube a buscar un gol desesperado (jugada que inmortalizó al *Tubo* Gómez en el Oro-Guadalajara).

Así como no hay cuerpos que garanticen goles, no hay grandes partidos sin equivocaciones. El fútbol vive de imponderables, a tal grado que, en una singular entrevista con Marguerite Duras, Michel Platini afirmó: «Un juego “perfecto” debería terminar 0-0». El fútbol también depende de los resbalones del portero, los absurdos pases al contrario, los cruentos autogoles. En ningún otro deporte los astros fallan tanto las jugadas fáciles (baste recordar los penales malogrados por Zico, Van Basten, Maradona, Hugo Sánchez, Platini,

---

Messi, Thomas Müller o Harry Kane en competiciones decisivas).

Si no existe el jugador versátil, ¿qué atributos arquetípicos se les piden a las distintas posiciones? El portero es el solitario del equipo, el que más depende de la fortuna (el rebote insólito en los tres postes) y, sobre todo, el que tiene más tiempo de pensar en ella. Cuando Napoleón quería ascender a un oficial, le preguntaba si tenía suerte. Esta es la pregunta que los entrenadores deben hacer a sus porteros. El soviético Lev Yashin detuvo más de cien penales, por cada uno de ellos recogió un curioso trébol crecido entre las redes. Lo mismo se puede decir de Hope Solo, la legendaria guardameta de Estados Unidos, campeona mundial con un récord de trescientos veinticinco salvadas y cincuenta y cinco partidos seguidos.

Gente de supersticiones, los porteros se arrodillan a rezar y colocan amuletos junto al poste más temido. En España, el célebre Zamora hacía el ademán de cerrar con candado la portería antes de la contienda.

Por lo demás, el portero es el longevo de la guerra; su vida tiene otro reloj: Yashin fue internacional hasta los 41 años, por no mencionar a Antonio Carbajal, el mexicano que atajó en cinco copas del mundo.

En el área grande están los defensas, que a veces reciben un mote de conjunto, como el Trío de Granito o la Cortina de Hierro, y suelen ser guiados por alguien que combina la fibra con la caballerosidad. Una buena defensa depende de su dureza y, sin embargo, los grandes zagueros se han caracterizado por una educadísima

---

reciedumbre: Pirri, Beckenbauer, Facchetti, el *Halcón* Peña, Chesternev, Maldini, Hummels, Virgil van Dijk. Hombres que se barren sin intención de fracturar una tibia, pero a los que más vale cederles la pelota. Un equipo con un zaguero de tal naturaleza es un equipo con espinazo; sus carreras liberales de la defensa a la portería contraria accionan y definen al conjunto. El paradigma superior de este héroe fue Beckenbauer en el Mundial de México 70, cuando jugó con el brazo vendado contra Uruguay; aun con el cuerpo herido, impuso la elegante violencia que ha hecho de su posición un ingrediente infaltable en el fútbol.

Más arriba están los hombres del toque excelso, que en los viejos tiempos eran rubricados con un 8 o un 10 (números a los que aún se alude para definir esas posiciones), los mariscales de campo que proyectan pero rara vez deciden las jugadas. Para muchos de ellos meter un gol es una especie de vulgaridad que hay que dejar en pies de los artilleros, esos hombres menudos y agresivos que sólo aparecen para empujar la pelota a las redes (Paolo Rossi, Gerd Müller, Krankl, Haaland). Los cazagoles existen un par de segundos por partido, caen como un rayo letal y luego se pierden entre las anchas espaldas de sus oponentes.

En ocasiones, un goleador tiene un alma gemela que le pone pases de magnética exactitud. Nada más temible que un binomio: Careca y Maradona, Coutinho y Pelé, Iniesta y Xavi. Estas parejas se ven sin verse, se «entienden» de tal modo que no juegan donde están, sino donde van a estar: De Bruyne filtra el balón a la punta

---

sin nadie donde ya ronda el fantasma de Foden. «Soy Clodoaldo rima de Everaldo», escribió Carlos Drummond de Andrade en su poema «Copa del Mundo 70». Cuando los jugadores riman entre sí, se logra algo más que un juego de conjunto: lejos de neutralizarse, los individualistas se fortalecen.

Las tácticas de equipo (el cerrojo, el contragolpe, la marca por zona, la rotación de extremos y laterales) dependen poco de la inspiración y generalmente resultan predecibles. El jugador tocado por la gracia puede causar otro tipo de problemas: que nadie sepa adónde conducen sus gambetas. El brasileño Dirceu justificó su fracaso en el equipo mexicano América como un problema de lenguajes: «Yo les mandaba balones y me devolvían sandías».

En su curiosa semiología de las canchas, Pier Paolo Pasolini señaló que el mejor fútbol es un lenguaje de poetas, siempre y cuando versifiquen juntos. En cambio, el fútbol de prosa es aburrido, burocrático.

La amenaza del binomio adquiere rango mítico cuando dos hermanos o hermanas juegan en el mismo equipo: Gonzalvo II y Gonzalvo III en el Barcelona de los años cuarenta y cincuenta, Iñaki y Nico Williams en el Athletic de Bilbao, Alyssa y Gisele Thompson en el Angel City FC. Sin duda, el *summum* de esta tendencia fueron René y Willy van der Kerckhof, que además de hermanos eran gemelos. En 1978, la selección holandesa lució tan devastadora, tan agresivamente idéntica a sí misma, que fue un alivio que Argentina, una selección más bien mediana, ganara la

---

copa. Anticipo de los once mellizos que la ingeniería humana logrará para el primer Mundial que se celebre en Plutón, los Van der Kerkhof difundieron el terror del futbol futuro.

Por último, perdido en la pradera izquierda, está el número 11, el zurdo salido del otro lado del espejo. Sus *dribblings* desafían la geometría; los zurdos hacen su propio juego y sacan parábolas de despiste que pueden ser cualquier cosa (centros, pases o despejes) y muchas veces son goles. A Roberto Rivelino, *Gigi* Riva, Rafael Leão o Heung-min Son se les pide el tiro inopinado, el fogonazo insólito, la zurda de fuego. En esa punta, en la estepa siniestra, sólo sobreviven los hombres del revés.

Para el fanático, el futbol es todo esto y algo más. Los lances en la cancha sólo justifican en parte el estadio lleno, pero lo importante es precisamente eso, que el estadio se llene. Sólo hay dos motivos para explicar que se juegue con tribunas vacías: el castigo que obliga a jugar de esa manera o la vil desgracia, según comprobamos durante la pandemia. Las gradas sin nadie son mausoleos ajenos a la gloria.

### **Feligreses en su templo**

Ni la más recóndita de las sectas ha concebido un futbol secreto, de hazañas sin testigos. En 2019, el Liverpool era el mejor equipo del mundo, entre otras cosas, porque disponía de una afición fervorosa que lanza nubes de humo rojo en el estadio de Anfield.

---

En la temporada 2020-2021, la epidemia obligó a jugar en campos desiertos y el Liverpool participó en cuatro torneos con el aire extraviado de los muertos en vida. Aunque su uniforme no cambió de color, parecía rojo por nostalgia: un recordatorio de la sangre que les inyecta la afición.

El contenido del juego es el partido, pero su envoltura es el público. Sin multitudes no hay catarsis.

La decisión de jugar partidos durante la pandemia llevó a una circunstancia anticipada por dos críticos del fútbol: Borges y Bioy Casares. En 1967, bajo el seudónimo de H. Bustos Domecq, escribieron «Esse est percipi» (ser es ser percibido). De acuerdo con aquel cuento, el último partido verdadero se disputó el 24 de junio de 1937. Desde entonces, la televisión transmite simulacros representados por actores. Mientras tanto, «el género humano está en casa». Una profecía del mundo actual.

En Corea del Sur, el FC Seoul quiso aliviar las tribunas que la pandemia había vaciado colocando muñecas eróticas a «sana distancia» unas de otras, con sus reglamentarios cubrebocas. Aunque el equipo local venció 1-0 al Gwangju, nadie lo atribuyó a los juguetes sexuales y el equipo fue multado con ochenta y un mil dólares.

En 2020, la rutinaria Bundesliga, que suele ganar el Bayern, fue la primera en iniciar sus cotejos. El mundo se concentró en las arenas alemanas y atestiguó un fanatismo robotizado: los altavoces transmitían gritos para simular emoción. *Esse est percipi*. En el país que se propuso distinguir al «ser en sí» del «ser para sí», el Borussia Mönchengladbach juzgó que la identidad es

---

una apariencia y colocó trece mil aficionados de cartón para su encuentro contra el Bayer Leverkusen. No fue necesario consultar la *Crítica de la razón pura* para conocer la relevancia del «ser de cartón». El Borussia perdió 1-3.

En la tragedia griega, el coro representa la voz de Atenas que legitima y juzga la trama. Esa ha sido la función del público en el fútbol.

Las pirámides prehispánicas eran montañas escalonadas rumbo al cielo. Por su parte, los estadios revierten esta jerarquía: el paraíso está abajo, en el césped de las ilusiones.

También hay que tomar en cuenta las camisetas, los escudos, los apodos, los estandartes, las viejas rivalidades. En los clásicos Flamengo-Fluminense, Guadalajara-América, Boca-River o Barcelona-Real Madrid, se cristaliza como nunca esa noción de pertenencia: ser parte de un equipo.

El lema del Barça es «Más que un club». La identidad catalana se asoció a ese equipo. Por las mismas razones, el Athletic de Bilbao sólo juega con jugadores de origen vasco. El uniforme que apoyamos puede representar a un colegio, una universidad, una fábrica, una iglesia, una empresa, una ciudad o un país entero. Lo decisivo es que esos colores toquen fibras emocionales que permitan *ser* de un equipo, lo cual alude a circunstancias que van más allá de lo que sucede sobre el césped. En ocasiones, eso involucra a la política. En el *derby* de Turín, la Juventus solía representar a la derecha y el Torino a la izquierda. Pero las tendencias ideológicas se modifican

---

con el tiempo. El Milan fue un equipo cercano a los militantes socialistas y comunistas, mientras que su rival acérrimo, el Inter, era visto como una escuadra más conservadora. Pasaron los años y el equipo *rossonero* fue comprado por el magnate y futuro presidente de Italia Silvio Berlusconi. Según cuenta el gran periodista Enric González, en 1989, en la final de la Copa Europea de Clubes entre el Milan y el Steaua de Bucarest, Berlusconi dijo: «He rezado para que pierdan los comunistas», en referencia a los rumanos. Las cosas cambian.

Lo cierto es que el sentido de pertenencia rebasa las condiciones meramente deportivas del fútbol. Cuando los héroes numerados saltan a la cancha, lo que está en juego ya no es un deporte. Alineados en el círculo central, los elegidos saludan a su gente. Sólo entonces se comprende la fascinación atávica del fútbol. Son los nuestros.

Los once de la tribu.